





otras y nuestros colchones eran duros y delgados y exhibían las manchas de otros viajes, de otras vidas. Nuestras almohadas estaban hechas de cáscaras secas de trigo. Había restos de comida por el suelo de los pasadizos que separaban las literas y su superficie era húmeda y pegajosa. Había un ojo de buey, y por las noches, después de que cerraran la escotilla, la oscuridad se llenaba de susurros. *¿Dolerá?* Los cuerpos se daban media vuelta y se movían debajo de las sábanas. El mar se elevaba y caía. La humedad del aire resultaba sofocante. Por la noche soñábamos con nuestros maridos. Soñábamos con unas nuevas sandalias de madera y con unas bobinas interminables de seda de índigo y con vivir, algún día, en una casa con chimenea. Soñábamos que eran altos y encantadores. Soñábamos que estábamos de vuelta en los arrozales, de los cuales habíamos querido escapar desesperadamente. Los sueños sobre arrozales siempre eran pesadillas. Soñábamos con nuestras hermanas mayores y más atractivas que habían sido vendidas en las casas de geishas por nuestros padres para que el resto pudiéramos comer, y cuando nos despertábamos apenas podíamos respirar. *Por unos instantes pensé que yo era ella.*

PASAMOS nuestros primeros días en el barco con mareos, no podíamos retener la comida y vomitábamos repetidamente por la borda del barco. Algunas estábamos tan mareadas que ni siquiera podíamos caminar, y nos quedábamos en las literas en un estado de confuso estupor, incapaces de recordar nuestros nombres, por no mencionar los de nuestros nuevos maridos. *Recuérdame una vez, yo soy la señora...*